

©2003, Armando M. Vizcaíno Ariza
www.armandovizcaino.es.mn
www.galeriadelibros.galeon.com

LAS VAINAS DEL VIEJO POMPI

Desde la puerta de su antiguo negocio regocijando a la clientela con sus acostumbradas "mamaderas de gallo", estaba Italo Pompilio Sotomayor, hombre de mediana estatura, delgado y erecto, de rasgos acusados voz sonora y potente con un aldabonazo, cabellera revuelta y entrecano, piel cuarteada y reseca por el paso inclemente de los años, ojos chispeantes, carácter rígido y de malas pulgas cuando de rabia se trata y que lleva el baile, la guaracha, el tango y el bolero impregnado en el alma como todo un verraco currambero; partiendo por montón, en forma humilde y espontánea, todo lo que guarda en el baúl de la ternura y la personalidad.

Mientras un grupo de amigos ocupados en cambiarle el techo del cobertizo que le sirve para espantarles a los comensales el fantasma de la canícula del tiempo, le observamos realizar humorísticamente un chichín. Tal vez alguien erróneamente podría llamarlo como tipo de espíritu desdeñoso por su elitismo cultural, pero tiene un alto concepto sobre las personas cultas y mira con recelo de arribismo a la gente que escala sin escrúpulos de un día para otro y sin el menor esfuerzo, los peldaños de la fama.

En medio de una atmósfera dicharachera y trasnochadora con el ceño fruncido en un aire circunspecto, el "Pompi" como le llama cariñosamente la chusma, veía pasar la primera marejada de hombres a lomo de burros rebeldes camino al fandango donde se escudriñaba calmadamente, desde cualquier rincón, resalta los corpiños de rosas sobre la falda desarrapada de María "La Bochinchera", la vieja bailadora de cumbia.

Mientras tanto del bolsillo de su descolorido pantalón, extrae una botella de ron añejado; pasando por el gañote el candente líquido al estomago sin pestañar y como un autómata, caminando con pasos lentos y taciturnos, se acomoda descaradamente en un taburete donde enciende un cigarrillo, aspirando placidamente el implacable humo tóxico que le hacía toser continuamente. Más tarde, con voz de trueno comenzó a narrar sus increíbles anécdotas que recuerda perfectamente, no sin cierta nostalgia, mientras una gruesa gota de sudor comenzó a rodear copiosamente por su curtido rostro.

Atento a sus palabras y gestos chistosos, me fui acomodando en una abracadabrante sillón de mimbre.

- Óigame, huevón del carajo!, yo he recorrido el mundo cargando con una maleta de alegría buscando aventura por todos los pueblos olvidados, en

alguna vereda muchas veces sin nombre. En caseríos flotantes y como este paraíso de gente holgazán, gatuno, remolón y huraño; en una jungla de asfalto en que ni los pícaros logran sobrevivir, con mi alma de circunspección he encontrado en Sabanalarga mi hábitat natural.

- Recuerdo la hermosa época cuando era un muchacho travieso y andariego, que no le caía bien al vecino por ser enamorado o porque con los pelaos de la cuadra nos pasábamos mamándole la burra coja que ataba en el anegadizo y descuidado patio de su casa. Mi padrastro, después de azotarme con una mochila, me dijo: Mequetrefe desobediente, escúchame con atención: Aquí en mi humilde pero respetado hogar estás gordito y lozano, allá afuera eres una piltrafa humana, un huérfano andariego todo andrajoso repudiado por la sociedad por el sólo hecho de acompañarte de amigotes desconfiados y peligrosos, ambulando por los rincones más miserables como perro callejero.

Yo creía que tal vez las cataratas de los años comenzaban a ganarle, y la confusión se acrecentó a mi personalidad pensando en que a su edad ellos sobreviven a una crisis de ansiedad y se transformaban en una persona agresiva, hostil y malhumorada.

- Una noche en plena época de violencia, burlando, con la complicidad de la bullaranga de una lluvia torrencial sobre los techos anticuados, la extremada vigilancia a que era sometido, emprendí una vida de errante porque no soy hombre de soñar con que un perezoso gato trasnochador le arranca de un zarpazo el corazón a la luna ni voy a quedarme quieto esperando sentado en un taburete a que la vejez me llegue dulce y tranquilamente.

Otros, con la frescura de un resto de vida sin apuro económico, se sentaría a esperarla; pero el "Pompi" que desde muy temprana edad ya sabia lo que era una montaña esbelta sin caminos lleno de tigres inventados y espantos verdaderos a lomo de burro cansado, no duerme sobre los endeble andamios de la rutina.

Escúchame bien, moscatel ordinario! La vida en la calle es brava como una serpiente cascabel en celos; la propia comunidad se encarga de marcar socialmente a los errantes, quienes están condenados a morir jóvenes o terminar en una cárcel prostituidos, arruinados moral y espiritualmente: Pero este humilde hombre ha sabido guiar a regañadientes su propio destino a base de mucho esfuerzo y sacrificio, nunca he perdido la humildad. Me levanto en la madrugada para ir al mercado a suministrarme de víveres; en las mañanas cuando no trabajo, salgo a pasear por las calles polvorientas saludando a mis innumerables compadres de sacramento o de boca. Aprovecho enseguida para beberme unos traguitos con los amigos, y cuando

no me emborracho completamente vuelvo a casa donde me tumbo sobre una acogedora mecedora a abanicarme mientras observo la prensa o simplemente me cambio de vestimenta, me coloco un suéter "amansa-loco" sin mangas y tomando las herramientas me pongo a desmotar tranquilamente la maleza que crece esporádicamente por los alrededores del taller.-

El "Pompi", completamente emocionado con su fantástica narración, volvió a introducir con una desmesurada rapidez el borde de la botella en sus resecos labios, absorbiendo la última gota de veneno.

- Recuerdo una anecdótica muy pintoresca que voy a adornar con mentirillas humorísticas. Una vez cuando Octubre pintaba los días lluviosos y las noches culebreras, llegaba yo a casa de la difunta Chavela, un paraíso particular donde era muy querido y estimado. Esa noche cimarrona, regresaba de observar una película de estreno en el teatro "Nazareth", una inmensa mansión demasiado anticuada de techo de madera y cemento curtido de polvo y basura, paredes de piedras y cal desgastadas y de cielo abierto para los espectadores, el piso era rudimentario e inservible hecho con residuos de estiércol de ganado que traía a hombro pelao un viejo morisquetero desde un corral contiguo, el cual utilizaban para rellenar los cráteres que se formaban después de caer un torrente aguacero, con escasos banco pintados

ordinariamente con brea y como algo autóctono, folclórico y primitivo; de la rama de un guayacán florido colgaba milagrosamente una alta voz muy original por donde se dejaba escuchar la alharaca del gatuno y enamorado Negro Eversley. Operador y anunciante, encargado de programar sus rutinarias y rayadas rancheras, y quien a falta de pericia no concentraba bien la luz del proyector y las figuras en la pantalla salían al revés, mereciéndome una estruendosa rechifla y carcajadas de los tipos charlatanes quienes gritaban que volteara la pared.

Luego de embutirme un pedazo de bollo limpio, adornado irónicamente por un enjambre de moscas coquetonas, que hallé escondido entre los trastos de la cocina, tranquilamente me tendí sobre el inservible catre abandonado en el patio, con el ánimo de descansar.

Muy temprana la mañana, cuando la difunta, chancleteando sobre el suelo húmedo iba a colocar la olla del café sobre el fogón de piedras apilonadas, me halló tendido sobre el miserable y cobrizo catre tieso como un cadáver, con la jeta completamente cubierta por una espumarada espesa y amarga como la hiel.

Casi que inconsciente, con los ojos desorbitados y saltones, veía preocupado a la perversa chusma que iba en busca de un ataúd mientras sus atrevidas malhabladas hembras guapetonas, bajo una verdadera alharaca, se ocupan

alegremente en acondicionar el inmueble. Envenenado como un mamarracho desahuciado, a hombros sobre una rústica troja improvisada me transportaron a regañadientes algunos vecinos, hasta la sala de urgencias del viejo hospital donde la enfermera de turno, una negrita mellada y robusta, me introdujo sin compasión una rudimentaria cánula del tamaño de una manguera de bombero, por el recto, que por poco me deja paralítico.

Salvado de puro milagro. Y cuando fuera de todos peligros, reposaba en mi lecho de enfermo, recibí la informal visita de unos amigos impersonales quienes, no conformes con pegar carteles sobre las paredes de la esquina donde se invitaba a los habitantes a mis exequias bajo grotescas burlas y mamaderas de gallo, me bautizaron inmediatamente con el remoquete de "Mata Rata"...

Carajo, una vez estábamos reunidos el gremio de bebedores en la esquina donde habita la malhablada Ana la tendera, embadurnados por completo de maizena y con los ojos rojizos de tanto respirar el candente olor rastrajoso del barro cocido que desprendía el salitre de aquella calle inundada de pendejos, curiosos y chismosas ignorantes.

Dency García, hombre de una mirada pícaro y poco hablador, de sonrisa amplia; al que sólo su presencia causaba tamaño alboroto en los comerciantes de mentira, a palmazos, le arrancaba alegres sonos a la vieja tambora de

cuero curtido y llena de pequeños huequitos que hacían los traviesos comejenes acantonados en ella.

Mientras Lechuga, inspirado, no dejaba de rastrillar el oxidado alambre de púas sobre la rudimentaria guacharaca hecha de un descomunal calabazo robado.

Cuando los latigazos de la algarabía hacían sobresaltar de rabia a la dueña del patio, llegaba un amigazo a contarme un problema que le aquejaba. Recuerdo que el muy canalla entre lamentos y sollozos me dijo: - Pompi, amigo mío, mis hijos se mueren de hambre, tengo plazo hasta mañana para conllevar el arriendo, me cortaron los servicios públicos, tengo a mi progenitor grave de muerte, mi mujer se marchó con otro, hostigada por la mala situación y, para colmo de males, frente a mi humilde hogar, esperan impaciente un grupo de indecentes cobradores. Yo, con mi rostro fruncido, le miré de frente y con el respeto y la seriedad que me caracterizan le respondí: - Carajo, "Mamaloca", yo gano poco con mi humilde trabajo pero me alcanza para la comida de los pelaos, para vestir a mi señora, comprar material y cuando puedo y quiero me tomo mis petacazos.

En mi casa guardo un tarro de lata repleto con monedas, camuflado entre la pila de hierro retorcido para cuando se presente un inconveniente porque el

hombre debe ser precavido, en cambio tú papanatas no ahorras un centavo para el futuro aunque la ganes fácilmente.

Le regalé unas monedas y el mentecato sinvergüenza sonriente y optimista, marchó rápidamente del lugar.

Prontamente me olvidé de aquel suceso, continuando alegremente disfrutando de aquella parranda, apoco el hombrecillo se presentó en un carro de tracción animal invitándonos a un agasajo donde la comida y el trago eran abundantes; y cuando por curiosidad le interrogábamos sobre como había hurtado el dinero de los gastos, el muy descarado sonriente y de rodillas alegaba:

- Pendejos, huevones!, Dios es muy grande y poderoso y jamás abandona a un hijo.

Ya sería medianoche cuando el alcohol había hecho sus estragos. La mayoría de los invitados dormía plácidamente acurrucados sobre una pila de leña verde como si estuvieran en un colchón de espuma de esos que proporcionan los estafadores con bombos y platillos; mientras yo reposaba cómodamente sentado en un taburete de cuero apoyado a la pared. Aburrido y un poco mareado por los efectos del ron, marché silenciosamente para mi casa en busca de plata para poder seguir con el festín pero me hallé con una

desagradable sorpresa, el tarro repleto de monedas había desaparecido misteriosamente del escondite.

Cansado de buscar infructuosamente, no tuve otra alternativa que preguntarle, sin que sospechara, a mi señora, quien sorprendida y sobresaltada me respondió: ¿a caso sufres de amnesia? Ayer mandaste al “Mamalocas” por ese tarro lleno de cachivaches.

Yo no dije nada pero apenas los briosos y destellantes rayos del astro rey se fueron filtrando a través de las nubes juguetonas, salí rumbo a la vivienda del sinvergüenza, encontrándole completamente desnudo, acostado en una hamaca descolorida abanicándose con su sombrero vueltia’o y un letrero en el pecho que decía: “Prohibido molestar, carajo!... hombre durmiente”.

Escúchame bien “mama puerca” degenerado, cualquier pendejo medio letriao entiende de un sopetón que los escritores por lo general son como las viejas chismosas de cualquier pueblucho fantasmal o como loro amaestrado que todo lo ven, escuchan para luego lanzarlas a los cuatro vientos. A veces alterando sin escrúpulos los verdaderos hechos. Pero tú como buen sabanalarguero no creo que seas capaz de inventar algo que vaya en contra de las sanas costumbres del vivir diario en relación a ese notable hombre.-

El trabajo en el cobertizo ha concluido. Cada quien recoge sus chécheres y se enrumba a su respectivo hogar, mientras que el Pompei indiferente a sus esclavizados amigos se desparrama descaradamente sobre el taburete, con su boca completamente abierta mostrando al poco público que lo observaba, su incompleta dentadura, comenzando su verdadera modorra.

Caminando lentamente, ansiando llegar prontamente al deshojado librucho que me servía de cómplice en las cotidianas historias que el Pompei amablemente me narraba. Pienso, mientras busco las salidas, que tal vez las generaciones futuras podrían recordarlo y admirarlo para que sigan sus pasos de hombre humilde, querendón e inteligente, como servidor, respetuoso y sobretodo descaradamente popular casi en todo nuestro territorio.

FIN